

»De pacífica seña asegurado,
Partió el famagustano con su ofrenda,
Y donde Mustafá estaba alojado
Llega, pidiendo por su misma tienda;
Dice que la instrucción que se le ha dado
No es para que de alguno otro se entienda;
Guiáronle do estaba el turco fiero,
El cual le dijo así, grave y severo:

«— Venis, griegos, acaso á tratar medios
Cuando veis vuestro fin inevitable,
Después que tan prolijos intermedios
Me obligan á que sea inexorable?
A tiempo os ofrecí vuestros remedios;
Mas la soberbia vuestra abominable,
Dando de ingratitud molesto indicio,
No quiso recibir el beneficio.

»Agora que la vida ya os desama
Queréis que nos mostremos compasivos,
Y cuando la victoria que nos llama
Nos ha puesto los pies en los estribos;
La sangre de los muertos alto clama,
Clama el trabajo inmenso de los vivos,
Y por venganza de su grave ofensa,
Piden equivalente recompensa.—

»Responde el mensajero: — Yo te pido
Licencia de volverme por do vine:
El fin de mi demanda has entendido,
Y yo el de tu respuesta, que es insine.
Antes de preguntar voy respondido;
No hay para qué con ruegos mas te indine;
Tu intención está firme en ofendernos;
Estará la nuestra en defendernos.

»Mas solo quiero aquí certificarte
Que no está tan sin fuerza Famagusta,
Que puedas señor della imaginarle
Ni tener mi embajada por injusta;
Sangre, sudor y afán ha de costarte
Si la piensas ganar por guerra justa,
Y muchos que el tomalla facilitan,
Sus muertes por ventura solicitan.—

»El turco, disfrazando el odio fiero,
Con circunloquio blando y cauteloso,
— No busco, dijo, nombre de severo,
Pudiéndole ganar de piadoso;
A cumplir el partido me prohero,
En fe del gran señor y poderoso
Cuya corona engrandecer pretendo,
Así con perdonar como venciendo.

»Volved, por tanto, á dar traza al viaje,
Poniendo fin á los cuidados graves,
Pedid albricias de tan buen mensaje,
Abrid las puertas y entregad las llaves;
Saldreis salvos y libres sin ultraje,
Y daros hemos bastimento y naves
Para que endereceis vuestro camino
Al reino que ya fué del justo Mino.—

»La nueva á todos convidó á partirse,
Quitándose las armas tan pesadas,
Que á duras penas pueden desasirse
De las carnes y ropas destrozadas;
Los hombres procuraban prevenirse
Del dinero y alhajas mas preciadas;
Las mujeres, con ser mas codiciosas,
Llevan hijos y olvidan otras cosas.

»Bien como las solícitas hormigas
Se cargan en las parvas y graneros
Del fruto sustancial de las espigas
Para encerrarlo en sus invernaderos;
Mas las escuadras torpes enemigas,
La paz violando, hay graves desafueros;
Comienzan el despojo á sangre y muerte
Contra los de aquel pueblo en vano fuerte;

»Los cuales, como viesen la aspereza
Que en hombres y mujeres se mostrase,
No habiendo por qué en unos tal vileza,
Ni en otras tal maldad se ejecutase,
La ya medio usurpada fortaleza
Hicieron que de nuevo se cerrase,
Y armaronse los mas á toda furia,
No pudiendo sufrir tamaña injuria.

»Como al doliente misero acontece
Cuando del mal del santo está herido,
Cortarse el brazo, con el cual parece
Será el mayor peligro socorrido;
Cuando el fuego mortal no se guarece,
Porque ya en las entrañas se ha metido,
Los huesos y medulas contaminan,
Y con la muerte al corazón camina;

»Así cualquier remedio era excusado
En la final desdicha que sembrada
Estaba en aquel pueblo por el hado,
El engañoso pacto y mano armada:
Vierades un orgullo acelerado
Con sangre de ambas partes derramada,
Do no hubo brazo que cobarde fuese
Ni pié que en el peligro atrás volviese.

»Los heridos y enfermos que yacían
En lechos tristes, casi ya enterrados,
El perdido vigor restituían
A los débiles miembros lastimados,
Y con el belicoso son que oían
En pié se levantaban denodados,
Como sucederá en día postrero
Cuando venga á juzgar Dios verdadero.

»Mas la cautela infame y perniciosa,
Y el tropel de las armas insufrible
Iban rindiendo la ciudad famosa
Que mostró de firmeza lo posible;
Remate de la vida trabajosa,
O sujeción mortífera y terrible
A todos señaló el preciso hado,
Por mas que, en fin, lo hubiesen contrastado.

»Divulga pues, oh fama condolidada,
Esta maldad, refiérela contino,
Y celebra el valor que en muerte y vida
Mostró el guerrero y mártir Bragadino;
Abomina la infamia escarnecida
De Mustafá cruel, de oprobrio dino,
Para que el bien y el mal ejemplo sean
En cuanto las estrellas señorean.

»Cuando se comenzó el conflicto horrendo
En la ciudad de turcos confiada,
Bragadino, el suceso no temiendo,
Ni del mal Mustafá la fe doblada,
Había ante él venido, obedeciendo
A una recuesta suya y embajada,
Por la cual con instancia le decía
Que por su gran valor verlo quería.

»Y así, aguardado de la mejor gente,
Estaba ante el tirano cauteloso,
Que mal guardarse puede el inocente
Del engaño que encubre el alevoso;
En esto el fiero bárbaro insolente
Mandó que todo el bando generoso
Fuese puesto en prisión; ¡oh hecho esquivo,
Mas digno de culpar que vengativo!

»Los templos santos con sangrienta mano
Fueron de su ornamento despojados,
Y las joyas del culto soberano
Premio eran ya de bárbaros osados;
No perdonando sacro ni profano
Los ministros crueles obstinados,
Rompen las puertas de cualquier sagrario,
Con desprecio sacrilego y nefario.

»No contento con esto el torpe gusto
De aquel pecho infernal, monstruo nocivo,
Después que á Astorbollon da fin injusto,
Desollar manda á Bragadino vivo;
Si mueve á compasión un dolor justo,
Y si es aborrecible un pecho esquivo,
¿Qué corazón habrá de diamante,
Que en tamaña ocasión no se quebrante?

»Fué la cruel sentencia que, ligado
Por los pies, y en el aire suspendido,
Fuese con mano dura despojado
Del velo que á los cuerpos da vestido,
¡Oh gran Bartolomé, que colocado
Estás donde se halla el bien cumplido,
Haz que colateral allá te sea
Quien muere por quien tú, y ea tu librea!

»El verdugo bestial, fiero, inclemente,
En las atroces manos ya traía
El áspero cuchillo, y al paciente
Con ásperos tormentos deshacía;
Roncos gemidos de la voz doliente
Crecen con la terrible anatomía;
La roja sangre ablanda el duro suelo,
Las querellas lastiman aire y cielo.

«— ¿Qué gloria, le decía, turco fiero,
Adquieres en mi muerte trabajosa?
Yo moriré cristiano y caballero,
Tú siempre vivirás vida afrentosa;
Yo no hice en la mía desafuero
Digno de aquesta pena escandalosa;
Tú en dármele te haces tan culpado,
Que á infamia eterna quedas condenado.

»Por esta dura especie de tormento
Será tu nombre á todos enemigo
En siglos por venir, y el sentimiento
Los hará ser partícipes conmigo;
Tú siempre vivirás vida afrentosa;
Yo no hice en la mía desafuero
Digno de aquesta pena escandalosa;
Tú en dármele te haces tan culpado,
Que á infamia eterna quedas condenado.

»Suelen los que se nombran caballeros
De la excelsa virtud ser tan amigos,
Que en medio de los impetus guerreros
La aprueban en sus mismos enemigos;
Tú solo contra ley, pactos y fueros,
De tu inhumanidad haces testigos,
Y partes, ofendidos cielo y tierra,
La honra, la virtud, la paz y guerra.—

»La llaga universal iba creciendo,
Y los vitales términos menguando,
El que sin culpa estaba padeciendo
Ofrece á Dios el alma agonizando;
La cual, de libertad la puerta viendo,
Y el natural divorcio celebrando,
Voló de allí á gozar por justa suerte
La vida que sucede á buena muerte.

»Tal fué del reino cipriote el miserable
Remate, y este fué el trato doblado
Contra la vida del varón loable,
Y todo el pueblo misero engañado.
Por tanto, ¡oh claro príncipe admirable,
Bien del cristiano gremio lastimado!
Derriba con tu espada vengadora
La proterva cerviz que nos acora.»

CANTO XXII.

Sabido por Ali-Bajá que su Alteza se le acerca, determina en consejo salirle al encuentro y darle la batalla; llegan las armadas una á vista de otra, y el viento que traía favorable la del enemigo, milagrosamente se le vuelve por proa. Hácese reseña general del uno y otro bando.

Castigo sienta ya de mi osadía,
Grave desconfianza me ha cercado
De ver que va creciendo todavía
El sujeto capaz de que he tratado;
Habiendo hasta aquí la industria mía
Su caudal y matices agotado,
De suerte que se halla en esta feria
Pobre de estilo y rica de materia.

Queriendo cierto artifice excelente
Pintar de la discordia las tres diosas,
A Juno y Pálas trascordadamente
Extremo y proporción dió de hermosas;
Y visto que el decoro no consiente
Negarse á Venus partes mas preciosas,
Por no atreverse á tanto su concepto,
Suplió con artificio aquel defecto.

Y fué que, imperfección no descubriendo
Sin perder la señal de su pintura,
Vuelta la dibujo, lo cual haciendo,
No hizo ofensa á tanta hermosura;
Yo pues, que otros discursos proponiendo,
Cuanto en mi fué, ilustré ya mi escritura,
¿Cómo podré conforme al que se ofrece
Cantar, cuando la voz me desfalece?

Rehusa mi talento la carrera,
Fáltame el frásis propio y necesario
Para cantar la hid sangrienta y fiera,
Y suceso en el mundo extraordinario;
Mas, pues que mi deseo persevera,
Auxilio es menester mas que ordinario;
A Dios pido favor, á Dios invoco,
Que no requiere menos lo que toco.

Alce el eterno sol de fe y justicia
La niebla oscura de mi entendimiento;
Míreme su clemencia, sea propicia
La Virgen sacrosanta, y déme aliento
Porque pueda yo al mundo dar noticia
Del gran conflicto y bravo vencimiento
En estilo tan puro y corregido,
Que refrene las aguas del olvido.

Perseveraba el tiempo borrascoso,
Y el mar, batido recio del levante,
Entretenía el bando religioso
Sin llevar su propósito adelante;
Tres veces el camino trabajoso
Tentado fué, y tres veces la pujante
Fuerza del agua y vientos volvió al puerto
La armada, no sin priesa y desconcierto.

Entre tanto el Bajá, que cierto entiendo
El fijo parecer de los cristianos,
A prevenir su gente y fuerza atiendo
Para venir con ellos á las manos;
Junta el consejo, por el cual pretendo
Decidir los acuerdos mas bien sanos,
Porque en él se hallaban aquel día
Las mejores cabezas de Turquía.

Propuesto de las cosas el estado
Por aquel general sabio y prudente,
De quien se dice haber sido dotado
De mas virtud que cabe en turca gente;
Caracosa, aunque el sexto fuese en grado,
Para poder hablar primeramente
Al caudillo mayor, pidió licencia,
Y así soltó la voz en tal sentencia:

«Ali-Bajá, guerrero preferido,
Y vos, ¡oh capitanes valerosos!
A quien el gran Selim ha cometido
Por justas causas cargos tan honrosos,
Haber la armada yo reconocido
De los que así nos buscan orgullosos,
Y el deseo que tengo de serviros,
Me fuerzan á hablar y persuadirlos.

»Presente os debe estar en la memoria
Cómo estos ya otra vez se colegaron,
Y teniendo en las manos la victoria,
Por no aceptar batalla discordaron;
Dejando de su liga torpe historia,
En la Préviza, en fin, se retiraron,
Porque unos de otros poco se fiaban,
Aunque superiores se hallaban.

»Agora que en poder les excedemos,
Lo mismo han de hacer por escaparse,
No solo con la fuerza de los remos,
Mas alas, si pudiesen inventarse;
Conviene pues que el paso les cerremos,
Y el último remedio de librarse,
Como suele con lazo trasmallado
Ser en las aguas hondas el pescado.

»Yo fui á traer os desta clara cuenta,
Y vi que los bajeles colegados
A lo mas largo son ciento cincuenta,
Y esos infamemente pertrechados;
Desconfiada viene y descontenta
La parte general de los soldados,
Porque una gruesa escuadra de navios
Debí de dar en rocas ó en bajíos.»

Respondió Luchali, bravo cosario,
Renegado y de astutas propiedades:
«No creais que ese número sumario
Contiene tres tan grandes potestades,
Ni quien viene á buscar tal adversario
Haciendo rostro á viento y tempestades,
Dejará de traer tanta potencia,
Que ponga la victoria en contingencia.

»Lo cual bien consta de otras relaciones
Que por algunas vias se han tenido;
Por tanto, daldes, inclitos varones,
Conforme al tiempo el crédito debido;
No son tan ciegos, no, de opiniones
Los que á los mares nuestros han venido,
Que traigan, como ha dicho Caracosa,
Tan débil fuerza en causa tan honrosa.

»Docientas y catorce ó mas galeras
Vienen puestas á punto de pelea,
Llenas de municion, sanas, enteras,
Con cuanta perfeccion mas se desea;
Aunque son unas de otras extranjeras,
Conformidad unida las bandea,
Una intencion las rige, un movimiento,
De su felicidad claro argumento.

»El rey de España aquí su hermano envia,
El Papa á Marco Antonio de Colona,
Venecia á Sebastian Venero fia
Las fuerzas con que á nadie no perdona;
Estas tres voces hacen armonia,
Mas solo don Juan de Austria las entona;
Que está resuelto, como siempre ha estado,
En morir ó triunfar de nuestro bado.

»La fineza de pláticos soldados,
La juventud lozana y belicosa
De fuertes españoles recatados,
Y la nacion latina valerosa,
Ferooces alemanes trasplantados,
Que es gente corpulenta y animosa,
Nos vienen á buscar á nuestros nidos,
De honor, venganza y compasion movidos.

»Largo cuento seria si os dijese
Los nombres de infinitos ventureros,
Conducidos, no á precio de interese,
Sino á la obligacion de caballeros;
Ni querria que á mal se atribuyese
Estas dificultades proponeros,
Pues no resulta mal de que sepamos
Con quién lo hemos de haber antes que vamos.»

Tales palabras Luchali decia,
Y Ali-Baja escuchaba muy atento,
Cuando Partam-Baja le interrumpia
El hilo de la habla, y no el intento;
Antes sobre lo dicho procedia
Haciendo mas instancia y fundamento,
Causas abiertamente repitiendo,
La batalla del todo disuadiendo.

Este era un general sabio y anciano,
En gran parte del mundo conocido,
Y del soberbio principe otomano
Aventajadamente entretenido;
Siempre en consejos tuvo larga mano,
Y fué su parecer bien recibido;
Los ánimos dudosos inducia
Y á su decreto grave los traia.

La venerable voz alzó diciendo:
«Turcos, no despreciéis vuestro enemigo,
Que ya todos sabéis, según entiendo,
Los duros trances á que fui testigo,
Y lo que del presente comprehendo
Libre y ajeno de temor os digo;
Que poco temerá perder la vida
Quien mil veces la tuvo por perdida.

»Antes, ya que la edad me desfallece,
Y mi salud se apoca cada dia,
Premio de mi servir largo parece
Pelearo acabar la vida mia;
Si al fin gloria se canta y se merece,
Mi fama bien por mí la cantaria,
Si agora se me diese el fin honrado
Que con tanta fatiga he procurado.

»Mas debe al especial ser preferido
El bien comun con el real servicio
Que yo, constante súbdito, he tenido
Por ley inviolable y proprio oficio;
Nunca anduve á mis fines atenido
Con lisonja aparente ni artificio;
Quisé, quiero y querré mientras viviere,
Lo que á mi patria y mi señor cumpliere.

»Lo cual bien acatando, no conviene
Que la incierta fortuna mas probemos,
Que no hay, pues en la cumbre así nos tiene,
Para qué ya de nuevo la tentemos;
Que si á desafiarnos don Juan viene,
Las armas y el lugar escogeremos;
Esto se quedará á nuestro albedrio,
Y agora por lo menos dé en vacio.

»Nosotros con victoria en nuestra tierra,
Ellos perdidos lejos de la suya,
Dejemos al furor que los destierra,
Que primero los dome y los destruya,
Y que el invierno crudo mueva guerra
Para que la esperanza mas les huya;
Costosa es á la fuerza la hazaña
Que puede conseguirse á pura maña.»

Esta proposicion prevaleciera
Como la mas segura y concertada,
Si tantas objeciones no pusiera
Hali-Agá con voz alborotada;
Dijo gritando, airado, que él no era
De aquella opinion desvariada,
Ni á la reputacion del otomano
Convenia consejo tan mal sauo.

«¿Podréis sufrir, decía, que esta gente
Vuelva diciendo que temor hubimos,
Y que el poder del turco prepotente
Al tiempo de las veras escondimos?
¿Quién puede contra nos ya ser valiente?
¿A quién nuestro valor no preferimos?
¿O qué difícil cosa emprenderemos,
Que con facilidad no la ailanemos?»

»Testigo nos será el reino ciprino,
Que por nosotros queda conquistado,
Y aun todo el Adriático imagino
De nuestras manos corre ensangrentado;
Callo de Cándia el grave horror sangüino,
Y del Cerigo el dano declarado,
Y callo otras victorias señaladas,
Que muchas son aun para contadas.

»Y la congregacion de armada gruesa,
Que tenéis por dudoso aniquillada,
¿Por qué desconfianza ó suerte aviesa
En tales pechos tal error se halla?
Pues cuanto mayor es, mas se interesa
En que sin duda hayamos de buscalla,
Siendo, como es, mayor notabilmente
La nuestra en cantidad, en fuerza y gente.

»Pues si en gente les somos superiores,
En galeras, gobierno y en ventura,
¿Qué medios dejarán de ser errores
Si entretienen tan buena coyuntura?
El honroso blason de vencedores
Desde cerca nos llama y asegura;
Dejad, turcos, dejad recelos vanos,
Que no es tiempo de acuerdos, sino manos.»

La gravedad del caso, que importante
En contrarias razones se implicaba,
Al ánimo de Ali tras cada instante
Mayor neutralidad representaba;
Y como la mostrase en el semblante,
Hali-Agá furioso replicaba,
Ratificándose en lo que antes dijo,
Pidiendo dello testimonio fijo.

Para que cuando tome residencia
Selim á los que hubieren delinquido,
Este su parecer mueva á clemencia,
Satisfaga y delenda su partido;
Insiste, ¡oh turco! insiste con violencia,
No revoques la causa que has seguido,
Y preciate de ser tan elocente,
Que atraigas tanto número de gente.

Mostró tal eficacia y artificio
Con sus conminatorias persuasiones,
Que pudo solo á quel servir de quicio
Para volverse tantos escuadrones,
Ya el alborozo y marcial bullicio
Encendian los fuertes corazones;
Las lenguas, que son dellos mensajeras,
Claman, guerra pidiendo muy de veras.

Gúminas cortan, áncoras desclavan,
Tientan los arcos, el bullicio crece,
Aprisa para guerra se aprestaban,
Cualquiera plazo largo les parece;
Del gran canal de Lepanto, do estaban,
Se parten á la hora que aparece
El sol á los antipodas, y entrega
La luz que al hemisferio nuestro niega.

Hecha clara reseña, gloria extraña
Los aumentaba el ánimo crecido,
Viendo de velas cantidad tamaña
Que de mas de trescientas han subido;
Pareció que en el mar una montaña
De robles y altos pinos ha nacido,
Y que una ciudad grande, y populosa,
Fabricó alguna causa milagrosa.

Después que el gran Baja en largo concierto
Dispuso y ordenó lo que cumplia,
El paternal amor estrecho y cierto
Le convirtió á dos hijos que tenia,
Diciéndoles: «Hoy llevo al dulce puerto
Que pudo desear el alma mia,
¡Oh hijos míos! para engrandeceros
Sobre todos los turcos caballeros.»

»Mas, aunque de la gente baptizada
He de tener preciso señorío,
Por venir, como viene, confiada,
Cumpléndole huir del poder mio;
En tanto que no está desengañada
Del vano y temerario desafío,
Mi corazon será contento y ledo
Si en el amor que os tengo falta el miedo.

»El riguroso oficio de la guerra,
La peregrinacion de largos años,
Los peligros del mar y de la tierra,
El rigor mismo de los graves daños,
No es parte en el amor que en mí se encierra
Para que con dulces engaños,
Deje, á trueco de os ver acrecentados,
De revolver la tierra, mar y hados.

»Y así, no quiero yo que alguna pieza,
Por caso desastrado y miserable,
Os toque al pié, que es darne en la cabeza
Y serme la victoria lamentable;
Pues que mi fin aspira y se endereza
A vuestra vida, para mi agradable,
Y la edad os excusa justamente,
Salid deste peligro impertinente.»

Respondió el mayor dellos: «Si es probarnos,
Bastara ser tus hijos, sin mas prueba;
Y si es querer de muerte preservarnos,
No sé yo qué razon á eso te mueva;
Si quieres sumamente autorizarnos,
Donde quiera que fueres, ahí nos lleva;
No borres los traslados que hiciste,
Ni oprimas los vigotes que nos diste.»

»Mas si tu voluntad firme estuviere
En que la espada aquí no ensangrentemos,
Si á nuestro buen deseo resistiere,
Tan grave injuria no consentiremos;
Y si alguno del caso mal sintiere,
Excusa suficiente le daremos
Con decir que nos es mas buena suerte
Tus hechos imitar que obedecerte.»

Era de octubre el sexto dia cuando
La armada de los turcos se levaba,
Al fuerte aliento de Euro, que, soplando
En su favor, alegre navegaba;
La nuestra, su designo adivinando,
Del puerto al mismo tiempo se apartaba,
Sin cosa en su favor sino el derecho
Que la razon le daba en aquel hecho.

A la primera guardia se aventuran
Al disponer del mar tempestuoso,
Cuando hombres y animales aseguran
Los fatigados miembros en reposo;
Los nombres de los astros no procuran,
Porque un nublado escuro, tenebroso
Del nocturno viaje, en mar y en tierra,
Los que son luz y guia cubre y cierra.

Y tú, hijo de Carlos, instrumento
Desta jornada, digna de ti solo,
No consultas el mágico talento,
Ni al oráculo délico de Apolo,
Ni á Samúel del sacro monumento
Pretendes que levante ajeno dolo,
Ni quieres revocar alma á la tierra,
Que diga el fin incierto desta guerra.

Ni inquieres judiciaria astrologia,
Lícita, si hay alguna que lo sea;
Toda curiosidad por esta via,
Si no es supersticion, parece sea;
Quien busca la verdad con valentia,
En los efectos cumple que la vea;
Y así, debe pedilla el varon fuerte
Al oráculo duro de la muerte.

Si César imperó usando sutiles
Mañas, y si fué en armas animoso,
Si hasta en las batallas mas civiles
Supo ganar renombre de famoso,
Si acompañó con impetus viriles
El curso de sus hados venturoso,
No fué tanto por sola valentia
Como ambicion y males que temia.

Recelábase mucho que su gente
No le desamparase, conociendo
Cuán impia, odiosa, atroz y torpemente
Patria y parientes iban destruyendo;
Y ¿no quereis que fuese diligente
El que á tan alto fin iba subiendo,
Que no arriescando mas que su persona,
Esperaba tener ceptro y corona?

Mas, tú dime, Señor, ¿quién apresura
En difícil sazón tu furia extraña,
En guerra justa, y siendo tan segura,
La gente y la razon que te acompaña?
Que pones tu gran ser en aventura,
Pudiéndote volver con la hazaña
De haber llegado aquí, sin que te espere
Enemigo que puede cuanto quiere.

Tu valor natural, tu fe y tu celo,
Tu próspero planeta y su influencia,
Y la rara virtud que el alto cielo
Quiso comunicarte por esencia;
No sufren dilacion de algun recelo,
Ni tú quieres triunfar en la apariencia,
Pues consiste en la duda deste efeto
La fineza mayor de tu conceto.

Sin norte, en noche escura y contra viento,
A las hinchadas olas contrastaban
Los miseros forzados, y el violento
Camino de las aguas tropellaban;
Así que, era tamaño impedimento
El que aire, mar y cielo les mostraban,
Que á muchos pareciera caso fuerte
Ir por allí huyendo de la muerte.

Los estrellados ejes revolvian
El curso de la noche, y á Diana
Las interpuestas nubes impedian
La luz que el sol le presta soberana;
Mas, como ya los hados lo querian,
Las disipa, resuelve y hace llana
La hinchazon del mar incomfortable,
Que con su luz quedó mas navegable.

Entrambos polos limpios parecieron,
Y todos los planetas variables
De nueva lumbré entonces se vistieron,
Mirando las armadas memorables;
Su vivo resplandor mayores hicieron
Las hermosas estrellas inmutables,
Que, estando fijas, las esconde el dia,
Por ser mayor la luz que el carro guia.

En fin, las ocho esferas celestiales
Con toda su divina hermosura,
Como causas segundas naturales,
Esperan el efeto y coyuntura;
Febo con agujones celestiales
Sus caballos incita y apresura,
Deseando mirar con alborozo
Las dos armadas y el naval destrozo.

Era ya la sazón que al bajo mundo
Alegre se mostraba el mediodía,
Y en este nuestro el sueño mas profundo
Sombra propia de muerte parecía,
Cuando el Bajá con ánimo jocundo
Encima de la popa se ponía;
Y hecha la zafá, á verdad contraria,
Enderezó á la luna esta plegaria:

« Oh tú, santa y castísima doncella,
Que triforme te muestras á la gente,
Y siendo sin igual hermosa y bella,
Nos muestras desigual tu sacra frente;
Tú, diosa, que, si acaso alguna estrella
Nos quiere contrastar severamente,
Cubres tu resplandor con negro velo,
Tapizando de luto tierra y cielo!

» Pues haces con certísimas señales
De nuestros infortunios sentimiento,
Claro está que, si lloras nuestros males,
También te alegrará nuestro contento;
Y aun si en las redondeces celestiales
Tiene tu curso el mas vecino asiento,
Es porque tus oídos soberanos
Oigan mejor los ruegos de otomanos.

» Y así, reconociendo el beneficio
Y aquella obligacion en que nos pones,
Traemos tu retrato, á nos propicio,
En nuestros estandartes y pendones;
Ayuda á los que hoy van en tu servicio,
Y tengan tan buen fin estas cuestiones,
Que Selim, mi señor y mi pariente,
A sujecion reduzga el Occidente.»

Tales palabras el Bajá decía
Cuando el viento en la popa refrescaba,
Lo cual clara respuesta parecía
Que mas su petición justificaba;
El cristalino mar obedecía
A lo que el viento próspero mandaba;
Mirad á qué llegó la confianza
Ventaja, el viento en popa y mar bonanza.

Y así, soltó la rienda al pensamiento
Con toda la licencia del deseo;
No halla duda ya ni impedimento
Entre sus esperanzas y el trofeo.
» Oh gloria vana, oh ciego entendimiento,
Oh propio amor, no amor, mas devaneo;
Juez prevaricato apasionado,
Del gusto y del deseo sobornado;

Que siendo lo futuro tan incierto,
Lo quieres entender cual lo pasado;
Sábeste imaginar en dulce puerto,
No habiéndote aun apenas engolfado;
Y por llevar tu blanco descubierta,
El buen discurso dejas anegado,
Y con mil presupuestos, aunque aviesos,
Cortas á tu medida los sucesos.

En esta forma Ali-Bajá consigo
El gravísimo caso decidía,
Sin que ya le perturbe otro enemigo
Sino el tiempo que tarda el nuevo día;
Manda llamar á Xiloes, gran su amigo,
Un turco natural de Alejandria,
Astrólogo famoso y marinero,
Médico, nigromante y hechicero.

Comiéndole á decir palabras tales:
« Oh Xiloes, que del alto firmamento
Penetras los influjos naturales
Y el orden de su eterno movimiento;
Tú, que por los principios y señales
Reconoces los fines de su intento,
Anuncias los eclipses de la luna,
Y entiendes los vaivenes de fortuna;

» De piedras, yerbas, plantas y de flores
Conoces propiedades ecelestes,
Reprimes los venenos y furores
De cualesquiera monstruos y serpientes;
También al incurable mal de amores
Sabes templar las penas y acideates,
Y haces espantar el reino oscuro
Con la fuerza eficaz de tu conjuro!

» No es aquesta ocasión tal que requiera
Mover revoluciones tu gran arte,
Ni quiero en mi esperanza verdadera
Por infalible causa colocarte;
Mas, pues la noche pasa su carrera,
Sin que de sueño á mi me alcance parte,
Inquiramos el fin desta batalla,
Supuesto en todo caso que he de dalla.—

—No pienses, dijo el mago, señor mio,
Que en negocio tan grave he estado ocioso,
Callado si, por no oponerme al brio
De tu orgullo feroz y poderoso;
Mas, pues hablar me mandas, aunque fio
Seré mas obediente que gustoso,
Daréte cuenta, en fin, de mis concetos
Y aviso de mis intimos secretos.

» Junto á la gran ciudad de Constantino
Está un valle sombrío y solitario,
Por el cual no atraviesa algun camino:
Tanto es aquel lugar trasordinario;
Dividelo un arroyo cristalino,
Torciendo su corriente en modo vario,
Hasta que sin estorbos ni embarazos
Lo acoge el ancho mar entre sus brazos.

» Allí, con el horror, silencio y calma
De una noche sali, serena, oscura,
Y por limpiar las culpas de mi alma
Tres veces me layé en el agua pura;
Mis sienes coroné de verde palma,
Y luego descení mi vestidura,
Descalzó un pié, la cara vuelvo á oriente,
Y hablo así con la tartárea gente:

—Vos, que habitáis el reino del espanto,
Cercados de los rios infernales,
Pluton, Minos, Eaco y Radamanto,
Jueces desos fuertes tribunales;
Y vos, que allá causais eterno llanto,
Y sembráis en el mundo duros males,
» Oh hijas de la noche, mal peinadas,
De viboras y sierpes coronadas!

» Y tú, baldon de la nacion caldea,
Que esta terrible ciencia descubriste;
Tú, maga Circe, y tú, cruel Medea,
Y tú, la que en Tesalia envejeciste,
Dejad atravesar la agua letea
Alguna sombra dese mundo triste,
Que pueda ser oráculo á mis dudas,
Caron ¿por qué te tardas? ¿En qué dudas?

» Salga de vuestro centro quien me diga
Qué fin ha de tener la competencia
De la soberbia armada de la Liga
Con el turquesco imperio y su potencia;
Ninguno este mi ruego contradiga,
Conforme á nuestro pacto y conveniencia;
Sabeis á cuánto enojo me provocho
Si acaso os deteneis cuando os invoco.

» Una, dos y tres veces os requiero
A todos, como sois estigio bando,
Que forzados hagais cuanto yo quiero,
Pues no hay apelacion en lo que mando;
Donde no, yo haré que el Cancerbero,
Que está vuestros umbrales atronando,
Venga ligado á la region serena,
Como lo trujo el hijo de Alcumena.

» Y haré por venganza conocida
Con encantos y versos, de manera
Que de Febo la lumbré esclarecida
Vuestras tinieblas averguence y hiera.—
Tembló á mis piés la tierra estremecida
En acabando la razon postrera,
Y abierta una rotura, en presto vuelo
Salieron della un buho y un mochuelo.

» Un cuervo negro, dando mil graznidos,
Los sigue, y á un ciprés; funesta planta!
Fueron á dar: temblaron mis sentidos,
Pegóseme la voz á la garganta.
— Mensajeros, les dije, doloridos,
Pues clara me anunciáis desdicha tanta,
Bajad por el camino que subistes,
Y no me canteis mas endechas tristes.—

» En esto aquel portento desaparece,
¿Dirélo, ó callarélo? Al mismo punto
Del padre de Selim se me aparece
La verdadera imagen y trasunto,
Con lágrimas que el alma me entristece,
Negro el vestido y el color difunto,
Muy otro del que fué cuando la tierra
Temblaba de su esfuerzo en paz y en guerra.

» Con silencio profundo me miraba,
Representando en sí grave tristura;
Yo, que á besar sus manos me prostraba,
Resolver le sentí cual niebla oscura;
Y fué tanto el horror que me aquejaba
En aquella sazón, que á gran ventura
Tuve el poder volverme á lo poblado,
Y así, del arte maga mas no he usado.

» Pero ¿qué sirve, general prudente,
Tardarme en referir cosas pasadas?
Mira el cielo, y verás en el oriente
El Leon con sus uñas acorvadas,
Marte asoma, á par de él, fiero, inclemente,
Y la hidra con crestas levantadas,
Cuyas cabezas por su fuerza unida
Anuncian de cristianos la venida.

» El horizonte austrial, que nos esconde
El otro polo de la oblica esfera,
Con Aries en la décima responde
A Marte, y es su casa verdadera;
Acuario al occidente corresponde,
Y el gran pegaso acaba su carrera
Cuando junto á Calisto ha parecido
La Libra, que es de Venus proprio nido.

» De Andromade la cinta se parece,
Y sobre ella un Chaton de fuerza dura,
Armado el Orion se nos ofrece,
Horrible y espantosa caladura;
Junto á aquella que á tureos favorece,
Mercurio nos promete desventura,
Júpiter quiere nuestra mala suerte,
Y está en la casa octava de la muerte.

» ¿Qué quieres que te diga, gran caudillo,
Sino que aspecto tan contrario veo
A tu intencion, que no puedo encubrirlo,
Aunque mas lo procura mi deseo?
Yo te advierto con ánimo sencillo
Los males y desdichas que anteveo,
Y que tenemos por contrario el cielo,
Cuya impresion precisa hallar suelo.»

» Ali-Bajá, que atónito escuchaba
La mal afortunada profecía,
Al nigromante Xiloes atajaba,
Diciéndole: «Mañana es otro día;
Mas él con voz mas alta replicaba
Conforme á verdadera astrología:
« La hora en que hiciste la pregunta,
El fin denota y el suceso apunta.

» Y acierta en nuestra injuria de tal suerte,
Que antes que el sol comparta su jornada,
Mañana en la docena hecho fuerte
Estará el sol, y Cintia retirada;
El Nieto bravo con Saturno inerte
Tendrá dentro en la nona su posada,
Que es señal de amenaza conocida
A nuestra religion envejecida.

» ¿Dónde te subes, crudo Sagitario,
Que el arco tiendes sobre el rojo Oriente?
» De tureos oh pestifero adversario,
Propicio amparo de cristiana gente!
Mañana con furor trasordinario
Saldrás de ver á Júpiter clemente,
En el signo de Peis colocado,
Bien que un poco estará retrogradado.

» El cual tuvo al felice nacimiento
Este de don Filipe altivo hermano,
Por accidente, próspero argumento,
Porque también lo fué á su padre anciano;
Y estar en Libra el sol agora siento
A mala dicha, porque el rey hispano
Nació predominando aqueste sino,
Por quieu mas daños nuestros advimo.

» Así que, por la mágica y figuras
Que tengo, como has visto, consultadas,
Los hados nos fabrican desventuras,
Comun peligro á gentes ensalzadas;
No trato de diversas conjeturas
De cosas que me fueron reveladas
Durmiendo, cuando el sol los indios doma;
Pero mas evitar puede Mahoma.»

El Bajá, con sereno y grave gesto,
Aunque risueño un poco en el semblante,
Responde: « Si hiciera caso desto,
No fuera el Macedonio tan constante;
El cielo y el infierno echen el resto,
Que yo seré mas firme que diamante;
De la vida triunfar puede la muerte,
Que no de la virtud del varon fuerte.

» Cuanto mas que, si el alma no me engaña,
Que dicen que de suyo es adivina,
Ni tengo por dudosa esta hazaña,
Ni por cierto el saber de tu doctrina;
Fantasmas y planetas son patraña,
Los sueños sueños son, no ley divina,
No mas; véte á dormir, y de lo dicho
El silencio te encargo y entredicho.»

Iban las dos armadas á porfia,
Con orgulloso brio de encontrarse,
Porque el tiempo y lugar les ofrecia
Deseo y ocasion de señalarse;
Mas la turquesca leda el mar hendia,
Que el viento la llevaba sin pararse,
Y por el consiguiente los cristianos
Mueven la suya á puro ardid y manos.

En esto de la noche tenebrosa
Las negras alas ya se recogian,
Y en la region de oriente calurosa
Visos de nueva lumbré parecian;
Ya en distinto color cualquiera cosa
Los ojos corporales discernian,
Y daba su principio el sol lumbroso
A un día muy solene y muy famoso.

Llegado ha el punto ¿oh gran hijo de Carlo!
Que me cumple tener nueva armonia
Con tan subido plectro, que buscarlo
Sin ti bien excusado me seria;
Mas contigo, Señor, pienso hallarlo,
Pues ha llegado ya el bendito día
En que por tus efectos extremados
Se cambia el duro curso de los hados.

Y que al proceso largo trabajoso
Se acaba de cerrar aqui la puerta,
Y el próspero principio milagroso
La deja al bien de par en par abierta;
» Oh Carlos Quinto, emperador famoso,
Que en el cielo tendrás noticia cierta
De la victoria insigne que allá suena,
Cuántas gracias darás á quien la ordena!

El turco en popa, y el cristiano á remo,
Desigualmente parten el camino;
Va la atalaya en el carceés supremo
De cada parte puesta de continuo;
El hondo lago se turbó en extremo,
El trance presintiendo ya vecino,
Que aun en las cosas sin entendimiento
De casos graves vemos sentimiento.

Las ondas espumosas, impelidas
Del feroz ejercicio y vehemencia,
Andaban entre si como reinidas
Con nueva alteracion y diferencia;
» Oh mar Iónico, que de tantas vidas
Viste el extremo punto y residencia,
No es lícito que ignore el nombre tuyo
La fama, ni le quite lo que es suyo.

Antes de agora ya fuiste sangriento
Por obsequias de aquel que en el Senado
Rindió á estocadas el vital aliento
Después que al mundo habia sujetado;
Y así, Augusto, siguiendo el vencimiento,
Muestra de César ir acompañado;
Marco Antonio huyendo es buen testigo
Que aun muerto César es fiero enemigo.

Y tú, egipcia cruel, desconocida
En aquel mismo extremo que hermosa,
Sin orden anticipas la huida
De aquel que fuiste siempre victoriosa;
Después con nueva súbita fingida
Le obligas á tomar muerte penosa,
Y tú con otra tal, ¡oh caso extraño!
Haces venganza en tí para mas daño.

No fuiste tú, Cleopatra, la primera,
Ni la postrera entiendo que habrás sido
De las que en desigual tiempo y manera
El odio y el amor han pervertido;
Olvidan cuando amar mejor les fuera,
Aman cuando les es afán perdido;
Sus desfavores matan y despechan,
Sus favores ni sanan ni aprovechan.

Mas en tanto que en esto he reparado,
Ya la sazón se acerca que me obliga
A no tratar de amor y su cuidado,
Que no es deste lugar esta fatiga;
Marte se encrucece, fiero, airado,
Y para que su intento se consiga,
Un bélico y furioso ardor influye
Que las almas oprime y redarguye.

Ya llegaba la hora, ya se siente
Seña espantosa del naval conflicto,
Ya se ven las armadas frente á frente,
Hiriendo el cielo con horrible grito;
El inclito don Juan manda á su gente
Que enarbole el pendon santo y bendito
En que estaba el retrato soberano
De aquel que redimió el linaje humano.

Las tres insignias de la santa Liga
Al mismo punto fueron levantadas,
Y con aplauso de la grey amiga
Devotísimamente saludadas;
Las velas de la pérdida enemiga,
Del fresco viento llenas y hinchadas,
Cortan el agua con ligero vuelo,
Amenazando el mar, la tierra, el cielo.

Los anchos remos solo de ornamento
Altos de cada banda les servian;
Y así, á la vista con notable aumento
Mayores las especies se ofrecian;
Crece en los turcos el brioso aliento,
Y el ánimo pujante que traian,
Porque sin duda alguna les parece
Segura la contienda que se ofrece.

De tal manera vienen confiados,
Y así el orgullo bravo les crecía,
Que los captivos mismos bautizados
Lloraban, y entre sí alguno decía:
« ¡Oh Hesperia, madre antigua de esforzados,
Amparo de la Iglesia sacra y pia,
¿Qué infundes en los pechos de varones
Para que se transformen en leones? »

« Que no deben ser hombres solamente
Los que á deshora buscan esta armada,
Cuya ferocidad, braveza y gente
Es mas para temida que buscada;
Si el retirarse á veces es decente
Al que ve la ventaja declarada,
¿Cuánto mas ser debiera necesario
No acometer agora á tal contrario? »

« Yo, triste, en la miseria de mi vida,
Sujeta á cárcel espantosa y dura,
Consolaba el dolor de mi caída
Con no temer mayor la desventura;
Mas ¿cuál alma de piedra endurecida
Podrá en este recelo estar segura,
Siendo la presunción tan sospechosa,
Tan ardua la ocasión y peligrosa? »

« ¿Cómo puedo no estar atormentado
Mirando este peligro y cuál me veo,
Entre el bando enemigo aherrojado
A pesar de mi vida y mi deseo?
Y agora nuevamente aprisionado,
Hecho inútil testigo; oh caso feo!
Mas ¿cómo podré sello, siendo parte,
Sin procurar morir de cualquier arte? »

Ya los devotos padres capuchinos
Con pia comision y mano llena,
Cumpliendo los caracteres divinos,
Daban absolucion á culpa y pena,
Cuando el mar descubrió dulces caminos
De ricas esperanzas, en que ordena
Un próspero principio á los cristianos
Y funesto prodigio á los paganos.

Quando el viento mejor les ayudaba,
Y el sol de todo punto habian ganado,
Negocio que á sus cosas importaba
Con daño nuestro casi declarado,
Calmó el aire, que intenso porfiaba,
Y céfiro faltó del otro lado;
Los bárbaros contrarios, que esto miran,
A Mahoma se quejan y suspiran.

Mas con lento remar el mar abriendo
Mañosamente, aquella y esta armada
En orden de lidiar se van metiendo,
Segun la traza que antes les fué dada;
Sin duda el espectáculo estupendo
Fué aquí mayor que el fin de la jornada,
Así como del reo la conciencia
Siente mas el temor que la sentencia.

No hay rostro allí que la color no mude,
No hay corazón que no se valga dellas,
Porque la sangre al noble miembro acude,
Y á la necesidad que le atropella;
Agora pues, deidad, por quien yo pude
Historia al mundo proponer tan bella,
Dame el motivo de tu sacro aliento
Para llegar al fin de su argumento.

Informa mi sentido de lo cierto,
De cuáles y de cuántos escuadrones
Vinieron juntos del latino puerto
Y de las ismaelíticas naciones;
Qué bajeles, qué arduos, qué concierto,
Qué capitanes, qué armas, qué blasones
Trabaron sobre el piélago profundo
La batalla mayor que fué en el mundo.

La justa causa y santo presupuesto
De la notable empresa de cristianos,
La importancia del caso, y el honesto
Celo del Papa, el Rey y venecianos,
Y el inclito valor, ya manifestado,
Del hijo de Austria, á todos los humanos,
Habian convocado y conducido
En las aguas poder jamás oido.

En cuatro bandas iba repartida
La poderosa armada de cristianos,
Conforme á la ordenanza esclarecida
Que en los puertos se dió cicilianos;
El cuerpo de batalla en que presida
Don Juan de Austria, terror de los paganos,
Que relumbra en su real galera
Como el latonio rey sobre su esfera.

El cuerno de la diestra estaba á cuenta
Del sabio y fuerte Juan Andrea Doria,
Por la virtud que en él hoy representa
De sus abuelos claros la memoria;
Otro siniestro cuerno se presenta
Al gran conflicto y la naval victoria;
Agustín Barbarigo lo gobierna
Para hacer su fama sempiterna.

En retaguardia y de socorro viene
Aquel de Santa Cruz, cuya fortuna
El primero lugar en armas tiene
En todo cuanto miran sol y luna;
En estas cuatro escuadras se sostiene
La gente que por Dios se hace á una:
Dichosa union, dichoso ayuntamiento,
Que tiene la verdad por fundamento.

Las naves, por el tiempo detenidas,
Léjos andaban por el mar vagando;
Mas las seis galeazas que traídas
Fueron hasta aquel punto remolcando,
En tres partes delante divididas,
Estaban al Bajá desafiando,
Como castillos fuertes artillados
Sobre las aguas hondas levantados.

Las armas de metal acicaladas,
Reverberando el sol, lucir se vían,
Las banderas de sedas variadas,
Al aire tremolando, el mar cubrian;
Las flamulas ondean prolongadas,
Los gallardetes bellos se movian,
Los pifanos resuenan y atambores,
Trompetas, añaliles y clamores.

Fragatas ligerísimas volaban
Aqui y allí con hombres de respeto,
Alistando las cosas que importaban
Para meterse en orden mas perfeto;
Las galeras el fin aseguraban
En favor del católico conceto,
Por ir, como iban, al peligro urgente
Interpoladas acordadamente.

Una de España y otra del romano,
Otra de Ausonia y otra de Liguria,
De Malta y de Saboya y del Sicano,
Mezcladas todas con la libre curia;
En esta forma con acuerdo sano
Van á domar la prepotente furia,
Y aun en cada bajel tambien se via
La misma diferencia y armonia.

Un mismo caso y una misma suerte
Tochaba en general y á cada uno;
Y así, la confianza era mas fuerte,
Mayor la fuerza y el poder mas uno.
¿Quién librará mi voz de olvido y muerte?
¿Quién del profundo reino de Neptuno
La sacará ofrecida al sacro templo,
Que es de virtud el premio y el ejemplo?

No contaré yo aqui los varios nombres,
Las divisas, blasones y señales
De las galeras, pues que sus renombres
No son del hecho partes esenciales;
De aquellos altos y famosos hombres
Que por sus obras fueron inmortales,
De aquellos trataré, que al hijo austrino
Siguieron por el áspero camino.

Venia á punto en la real cuadrilla
El justo don Luis de Requesenes,
Teniente de don Juan, y de Castilla
Comendador mayor, pujante en bienes;
Venía del que está en la santa silla
De aquel que á Malco ensangrentó las sienas,
Un sobrino, no indigno de tal tio,
Miguel Boneli, jóven de alto brio.

El príncipe de Parma está presente,
Del real tronco generosa rama,
Infundiendo en cualquier suerte de gente
Valor que incita y mueve á ganar fama;
Y el príncipe de Urbino, descendiente
Del monte hercúleo, que á virtud le inflama
Tanto, que en armas, opinión y estima,
De muchos, con razon, tiene la prima.

Marco Antonio Colona, aquel romano
Y en todo señalado caballero,
Y esotro resolutivo veneciano
Que se intitula Sebastian Venero,
Allí están; ese conde Surlano,
Retrato natural de español fiero,
Aunque su gente ilustre viene hoy dia
Del magno Escandarbeg, rey de Albania.

De Cárdenas el buen don Bernardino,
Puesto por sus grandezas en la cumbre,
Es del claro escuadron sujeto dino,
Lleno de fortaleza y mansedumbre;
Don Miguel de Moncada, peregrino
En ingenio y valor, de virtud lumbre,
¿Cuán bien se muestra allí, cuán bien parece
Con el francés blason que le ennoblece!

Paulo Jordan Ursino, ilustre Marte,
Duque de los antiguos de Braciano,
Asegurando estaba por su parte
El caso del ejército cristiano;
Bien cerca del católico estandarte
Estaba Salazar el castellano,
Singular en esfuerzo, y conocido
Por soldado bravísimo y temido.

De Figueroa el buen don Lope ilberio
A la real galera conducido
Fué, por ser al guerrero ministerio
Ministro para ser siempre escogido;
Su bandera llevó, sin vituperio
De su alférez, aunque era conocido
Por hombre de respeto y buen soldado;
Mas fué don Lope en todo recatado.

Y tú, conde de Pliego, que al servicio
Del Austria en paz atiendes justamente,
Hoy muestras ser las armas el oficio
A tu familia mas perteneciente;
Tu hijo es dello mismo claro indicio,
Como galán y de ánimo valiente,
De fuerte pecho y corazón sencillo;
Llámase con razon don Luis Carrillo.

Don Martín y don Pedro de Padilla,
Y el colonés Pompeyo, hectoro bando;
Mos de Leni, que rige y acaudilla
Los bajeles del duque venerando;
Don Juan el de Cardona, que es semilla
Del alto rey católico Fernando,
Sobre la armada está ciciliana
Haciendo de sí muestra mas que humana.

Tú, insigne veneciano, Canaleto,
El cuerno cierras que confina en tierra,
Y tú tambien, Espinola perfeto,
Héctor en nombre y Héctor en la guerra,
Fuiste del ginovés senado eleto,
Por la industria y valor que en tí se encierra,
Para que en sus galeras presidieses,
Y al crédito con obras respondieses.

Otavio de Gonzaga, el mantiano,
Espejo de la gala y valentia,
Allí viene vestido al uso hispano,
Lleno de fiero orgullo y bizarría;
Y aquel mancebo insigne sevillano,
De Saavedras norte y clara guía,
Don Fernando, el perfeto caballero,
Del Castellar es único heredero.

Del cuerpo de batalla al lado diestro,
Algo distante estaba el gran baillo
De Alemania, esperando algun siniestro,
Si bien honroso y claro, desafío;
Del arte militar era maestro,
Pero hizo de industria aquel desvío,
Por ser la capitana su galera,
Y no tener lugar, como quisiera.

Entre las cruces blancas relumbra
Aquel mancebo ilustre á quien los hados
Quieren romper el hilo que llevaba
Entre todos los bien afortunados.
¿Oh pareca robadora, atroz y brava,
De tantos años verdes mal logrados!
¿Qué despojos verán hoy tan preciosos
Deste bajel tus ojos envidiosos!

Parténope aperciba el doloroso
Lamento, y despojada de su arreo,
Entone, como Tracia, en son lloroso
Tristes endechas por su nuevo Orfeo;
Y tú, convento insigne y religioso
Que la cruz blanca tienes por trofeo,
No olvides los heroicos caballeros
Que con sus muertes honrarán tus fueros.

¿Dónde llevais; oh hados! mi memoria,
Que dejó la reseña que hacia?
Don Diego Enriquez, ¿dónde va mi historia
Sin tratar de tu esfuerzo y gallardia?
Participé serás de aquella gloria
Que el de Austria mereciere en este dia,
Pues tú y el tercio ilustre que gobiernas
Haréis con sangre hazañas sempiternas.

Ascanio de la Corna se me ofrece,
Invencible, sagaz y poderoso,
Y Gabrio Cerbellon, en quien florece
De Milan el blason maravilloso,
Y de Vicari el conde, que merece
Titulo entre los fuertes de famoso,
¿Oh gran Garrafa, buen prior de Hungría!
¿Quién tus loores explicar podria?

Eminente en persona y estatura
Está don Luis de Córdoba mostrando,
En su grave ademán, talle y postura,
La calidad antigua de su bando;
Y Tiberio Brancazo, que es figura
Del que mas punto y ser adquirió obrando,
Pues en cosas de honor su voto solo
Se tiene por oráculo de Apolo.

Don Diego Lopez de Mendoza, hermano
De aquel del Infantazgo duque egregio,
Estaba con las armas en la mano
Refrendando su antiguo privilegio;
Y don Pedro Velazquez, noble hispano,
De prudencia y bondad limpio colegio,
A la fama haciendo estaba cargo
Para que hable del por tiempo largo.

Menospreciando el tiempo y la fortuna
Con ánimo quieto y poderoso,
A punto de lidiar se ve el de Luna,
Del señor de Cedillo hijo honroso;
Joven que comenzó desde la cuna
A ser modesto, sabio y generoso:
Del gran don Pero Ponce es heredero,
Del conde don Juan Ponce hijo primero.

Tres rayos de la guerra belicanos,
Tres nortes de la gala y gentileza,
Tres caballeros, digo, en todo hermanos,
Honor de la milicia y la braveza,
No menos vienen fuertes que lozanos,
Francisco y Juan, crisoles de nobleza,
Don Agustín magnánimo y sencillo,
Del nombre de Mejía y de Carrillo.

Entre estos, de valor mas que ordinario
Para las armas, bélico ejercicio,
Es de la armada general vicario
Don Jerónimo, antidoto del vicio:
Manrique es su renombre extraordinario;
Lleva de Inquisidor el santo oficio,
Por bondad, por virtud y suficiencia,
Por calidad, por letras y conciencia.

En estos personajes consistía
La armada, y otros que nombrar debiera
Si, como la verdad de parte mia
Está, el ser importuno no temiera;
Y mas, que Ali-Baja me impediria
Cualquier tardanza con su fuerza fiera,
Porque se acerca en armas tan potente
Que está de dilaciones impaciente.

Viene en forma de luna medio llena
Su armada, largo espacio el mar cubriendo,
De la cual el siniestro cuerno ordena
Luchali, calabrés, cruel y horrendo,
Vecino de la patria á quien condena
De los doce el discipulo estupendo,
Que se perdió tratando en mercancía
Que mas que cielo y ángeles valia.

Su hijo Carabey sigue al cosario,
Retrato suyo en la perfidia y maña,
Con otros dos de esfuerzo extraordinario;
De Caramustafa, dañoso á España,
Cauracial, intrépido adversario,
A los demás anima y acompaña;
Caurali, Caraperi y Tramuntana,
Dramustais, Bardagan y Alfermidana.

El cuerno diestro dado á cargo estaba
A Siroco, el cosario belicoso;
Mahumet cerca deste se hallaba
En bajel de fanal grande y hermoso;
Asiscaya y Ustref, de fuerza brava;
Osman y Califer, supersticioso
Y en vano sacerdote y agorero,
No tanto como Xiloes verdadero.

El cuerpo de batalla está al gobierno
De Ali-Baja, caudillo memorable,
Que era del gran Selim preciado yerno,
En guerra y paz de término loable;

* En la edición de Toledo, de 1585, falta esta octava.

Venia en bajel hecho á lo moderno,
De madera y beldad tan admirable,
Que nunca el ancho mar ha sostenido
Otro mas acabado ni lucido.

Traia enarbolado aquel persiano
Estandarte al Sofi ganado en guerra,
Por el primer Selim, fiero otomano,
Cuando lo destruyó en su propia tierra,
Para mostrar que no hay poder humano
Que vencido no entienda, en fin, que yerro:
Si al imperio se opone belicoso
Que enemigo venció tan poderoso,

Por esta causa á las batallas fieras
Los turcos, como cosa consagrada,
Llevaban sobre todas sus banderas
Esta seña tendida y levantada;
Siete ruedas á un lado como esferas
Tiene, y al otro cuatro, y estampada
Una proposición grave y devota
De arábigo lenguaje, extraña nota.

Estaban á estas cosas añadidas,
Como blason de turcos verdadero,
Unas lunas mediantes y crecidas,
Y la carta que enseña al marinero,
Con letras que decían, construidas:
«Yo solo soy señor del mundo entero.»
Tal era de los scitas la arrogancia,
Y tal de sus victorias la jactancia.

A la real turquesca acompañaba
Número de bajetes infinito;
Partan-Baja una escuadra acaudillaba,
En las guerras de Hungría turco invito;
Celebi el tesoro cerca estaba,
Raro en entendimiento y exquisito;
Amad-Agá por orden le seguía,
Gobernador de Tripol de Suria.

Asis lo es de Galipoli, y se atrevo
En voz soberbia á pregonar diciendo:
«A mi derecho brazo se le debe
De don Juan la cabeza que pretendo;
Hamet-bey de fanal sus velas mueve,
Caracosa tambien le va siguiendo;
Cambey, hijo del fuerte Barbarroja,
Vencer piensa con estos sin congoja.

Malamur, en el mar diestro soldado,
Gobernador del griego Metelino;
Suleman, por su fama aventajado,
Guider, que en Xio es capitán continuo;
Probisaga y Damuz el renegado,
Reul y Tamumbeyo el bisantino;
Carabive y los hijos del primero
Baja, con Masyamet, ayo severo.

Largo sería si de gentes tantas
Refriese los nombres numerosos,
No menos que contar todas las plantas
De los bosques filipicos sombríos,
O las estrellas que con luces santas
A media noche dan rayos fogosos,
O las ondas que el bravo mar de España
Levanta cuando está en su furia y saña.

No están mas enjambradas ni mas llenas,
En el fértil abril de año abundoso,
Las dulces y frutíferas colmenas,
Labrándose el licor almo y precioso,
Que las pujantes velas agarenas
Pobladas del ejército copioso,
De bastimentos, armas municiones,
Y de otras necesarias provisiones.

Bombas de fuego, máquinas terribles,
De alquitran, que en el agua mas se enciende;
Astras y flechas, llenas de empecibles
Yerbas, cuyo veneno presto ofende;
Arcabuces, mosquetes insufribles,
Cañones, de quien nada se defiende;
Y mucha confianza en la batalla,
Que es la mayor ventaja que se halla.

Estando las armadas para embestir, hace cada general razonamiento á su gente. Comiénzase la memorable y espantosa batalla. Mueren don Bernardino de Cárdenas, Barbarigo y el conde de Briático, y suceden otros casos dignos de admiracion, durando neutral el fin de la victoria.

¿Quién me dará la voz alta y facunda
Y el término eficaz que se requiere
Para cantar la guerra furibunda
Cuyo conflicto ya los aires liere?
Aquella vena Homérica bien funda
De Frigia el fin, y su poder que muere;
Maron con gracia idónea y exquisita
Sigue sus pasos, y su estilo imita.

Estacio pinta á Téhas assolada,
Y otros autores otras cosas tales,
Y algunos, con industria celebrada,
Otros sucesos bélicos navales;
Mas en diversidad tan variada
Pudo el ser los sugetos casi iguales
Ofrecelle camino propio y cierto
Para imitarse en frasis y concierto.

Yo, que sujeto nuevo y peregrino,
Con menos suficiencia que osadia,
Escribir en mis versos determino,
¿Cómo podré llegar donde debria?
¿A qué poeta griego ni latino
Con apta imitación seguir podria,
Si cada cual en arte me precede,
Y el sujeto que trato al suyo excede?

Porque en la edad pasada no hay noticia
De guerra ni conflicto semejante,
Ni el ejercicio de naval milicia
Pudo jamás estar tan adelante;
Ni el temple, que el acero beneficia
Hasta dalle fineza de diamante,
Forjado habian diestros oficiales,
Ni pólvora las furias infernales.

¿Oh caso memorable y espantoso,
Que con aquellas armas insufribles,
A cuyo efecto bravo y poderoso
Se prostran las murallas mas terribles,
Y el mas fuerte castillo, á que el peñoso
Asiento daba fuerzas invencibles,
Se venga á combatir en esta era
Sobre frágiles casas de madera!

Ali-Baja la vista deseosa
Fijó en las velas del cristiano atenta,
Y dijo: «Pocas son; mas Caracosa
Menor hizo la suma desta cuenta.
Ea pues, gente mia valerosa,
Tomad larga venganza desta afrenta,
Que en nuestra casa están los temerarios;
Mirad si quieren sernos tributarios.

»Del Gran Señor las fuerzas despreciando,
Temidas con razón eternamente,
La violencia dura contrastando
Del reino instable y húmido tridente,
Están nuestros umbrales inflamando
Con osado raneor y altiva frente,
Como si ya las huestes otomanas
Se hubiesen convertido en sombras vanas.

»A tiempo somos pues acometidos,
En que no quedaremos agraviados;
La causa nos admite preferidos,
Y el efecto nos llama mejorados;
Sean hoy para siempre destruidos
Estos cristianos mal aconsejados,
Y pregone su misero suceso
La grave culpa de tan vano cecoso.

»Temerán sin remedio lo que osaron
Cuando oprimidos por nosotros sean,
Aborreciendo cuanto desearon,
Y lo que sus bravazas acarrearon,
Conocerán el precio á que compraron
El breve confiar de que se arrearon
Darles ha la experiencia de su daño
El último castigo y desengaño.

»No se requiere fuerza de razones
Para probar verdad tan eminente,
Sobran las oratorias persuasiones
Para animaros, turcos, brava gente;
Pierde ocasion quien ama dilaciones,
Que solo trae cabellos en la frente,
Y si una vez mostró la calva esquiva,
Es sorda, desdeñosa y fugitiva.

»La que habeis deseado está delante,
Poniéndoos en las manos la victoria;
Haced cómo la fama siempre cante
De nuestras alabanzas la memoria;
Y pues venir osaron á levante
Aquestos que codician nombre y gloria,
Tambien se les conceda de atrevidos,
Si á precio della osaren ser vencidos.

»Moved pues esos brazos esforzados,
Y tomad posesion de aquella armada,
Que aun no tiene don Juan tantos soldados
Que ensangrentar podáis todos la espada;
Partán y Luchali tiendan sus lados,
Y cierren á cristianos la tornada;
Que yo no temo en esta arremetida
Otro daño mayor que su huida.»

En esto la batalla presentada
Fué de un tronante tiro, y al momento
Del católico bando confirmada,
Respondiendo con dos al mismo intento.
La gran virtud de Carlos celebrada,
Y el mas que humano término y talento
Que mostró la experiencia en tiempos tales,
Hoy muestran en su hijo las señales.

Salta en un barco con alegre cara,
Con ademán heróico y generoso,
Como si por Madrid gallardo entrara,
Ya del fiero enemigo victorioso,
Por la armada discurre, y en voz clara
Les habla, y en estilo tan sabroso,
Que nunca Marco Tulio defendiendo,
Tuvo tal eficacia persuadiendo.

«Si nuestra buena suerte conocemos,
Caros amigos míos, les decia,
La justísima causa que tenemos
De cualquiera peligro nos desvia;
Si ventura y descanso pretendemos,
Si honra con provecho, hoy es el dia
En que Dios con nosotros lo reparte;
Hagamos lo que toca á nuestra parte.

»Hoy de los altos cielos la influencia
Se muestra con aspecto á nos propicio;
Hoy la divina, eterna Providencia
Nos concede un inmenso beneficio;
Suyo es el caso, suya es la pendencia;
No es humana pasión ni otro artificio;
La Iglesia santa en fe representamos,
Y por Dios uno y trino peleamos.

»Y aunque este mar sagrado en lo profundo
Deposito nos fuese y sepultura,
Seria nuestra muerte invidia al mundo,
Y vida á nuestras almas mas segura;
Muestre pues cada cual pecho jocundo,
Y sepa aprovechar la coyuntura,
Que yo espero vencer, y no me obligo
A mucho, pues tal gente está conmigo.»

Esta amonestacion, estas razones
Hicieron tal efecto en los soldados,
Que no les caben ya los corazones
En los feroces pechos encerrados;
Huye el récelo y vuélvense leones,
De amor, fe y esperanza asegurados;
Mas ¿quién al General entonces viera,
Que ya por vencedor no se tuviera?

Que Pompeyo, presago de sus males,
Causa fué en la farsalica caída
Dando de sí tristísimas señales,
Para quedar su gente destruida;
Así que, deste ejemplo y otros tales
Nos queda por verdad clara y sabida
Que recambia el valor de solo uno
Sobre el ánimo y ser de cada uno.